



## EL GATO GUARDIAN

(DEL LIBRO INÉDITO « FÁBULAS Y VERDADES. »)

Un campesino que en su alacena  
Guardaba un queso de Nochebuena  
Oyó un ruidito ratoncillesco  
Por los contornos de su refresco,  
Y pronto, pronto, como hombre listo  
Que nadie pesca de desprovisto,  
Trájose al gato, para que en vela  
Le hiciese al pillito la centinela,  
É hízola el gato con tal suceso  
Que ambos marcharon, ratón y queso.

Gobiernos dignos y timoratos,  
Donde haya quesos no pongáis gatos.



## DIEGO FALLON

Juzgando D. Juan Valera *La Luna* y *Las Rocas de Suesca* que figuran en el *Parnaso Colombiano*, dice : « No me atreveré á decir que sean las mejores de la colección ; pero son sin duda las más originales, y cada una de ellas de muy extraña y distinta originalidad. » Aunque Diego Fallon ha escrito poco, eso basta y sobra para hacerle merecer el calificativo de gran poeta. Su poesía á la Luna es la mejor que conocemos sobre el astro de la noche, inclusive la celebrada de Carducci. En sus producciones, especialmente en *La Luna* y *La Palma del Desierto*, campean la sobriedad artística y la elegancia y corrección de su clásico estilo. *Las Rocas de Suesca* es una lección científica en lenguaje jocoso, ó sea la geología puesta al alcance de los niños por unas viejas rocas. Fallon nació en Santa Ana, Departamento del Tolima, el 10 de Marzo de 1834.

---

## LA LUNA

Á MI ESPOSA

Ya del Oriente en el confín profundo  
La Luna aparta el nebuloso velo,  
Y leve sienta en el dormido mundo  
Su casto pie con virginal recelo.



Absorta allí la inmensidad saluda,  
Su faz humilde al cielo levantada ;  
Y el hondo azul con elocuencia muda  
Orbes sin fin ofrece á su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,  
Por himno funeral silencio santo,  
Por solo rumbo la región vacía,  
Y la insondable soledad por manto.

¡ Cuán bella, oh Luna, á lo alto del espacio  
Por el turquí del éter lenta subes,  
Con ricas tintas de ópalo y topacio  
Franjando en torno tu dosel de nubes !

Cubre tu marcha grupo silencioso  
De rizos copos, que tu lumbre tiñe ;  
Y de la Noche el iris vaporoso  
La regia pompa de tu trono ciñe.

De allí desciende tu callada lumbre,  
Y en argentinas gasas se despliega  
De la nevada sierra por la cumbre,  
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura  
Á largos trechos el follaje tocas,  
Y tu albo resplandor sobre la altura  
En mármol torna las desnudas rocas ;

Ó al pie del cerro do la roza humea,  
Con el matiz de la azucena bañas  
La blanca torre de vecina aldea  
En su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,  
Vense, á tu luz, las fuentes y los ríos,  
En sus brillantes roscas envolviendo  
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡ oh Luna !  
Vuelo al través de solitarias breñas  
Á los lejanos valles do en su cuna  
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del Desierto reverbera,  
Adormecido, nítido, sereno,  
Sus montañas pintando en la ribera,  
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡ Oh ! y éstas son tus mágicas regiones,  
Donde la humana voz jamás se escucha,  
Laberintos de selvas y peñones  
En que tu rayo con las sombras lucha ;

Porque las sombras odian tu mirada ;  
Hijas del caos, por el mundo errantes ;  
Náufragos restos de la antigua Nada,  
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,  
Luce del cerro en la áspera pendiente,  
Y á trechos ilumina en la espesura  
El ímpetu salvaje del torrente ;

En luminosas perlas se liquida  
Cuando en la espuma del raudal retoza,  
Ó con la fuente llora, que perdida  
Entre la oscura soledad solloza.



En la mansión oculta de las Ninfas  
Hendiendo el bosque á penetrar alcanza,  
Y alumbra al pie de despeñadas linfas  
De las Ondinas la nocturna danza.

Á tu mirada suspendido el viento,  
Ni árbol ni flor en el Desierto agita :  
No hay en los seres voz ni movimiento ;  
El corazón del mundo no palpita....

Se acerca el centinela de la Muerte :  
¡ He aquí el Silencio ! Sólo en su presencia  
Su propia desnudez el alma advierte,  
Su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito  
Que del Silencio la insondable calma  
De los sepulcros es tremendo grito  
Que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y á su muda señal la Fantasía  
Rasgando altiva su mortal sudario,  
Del infinito á la extensión sombría  
Remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende,  
Y desde allí contempla arrebatada  
El piélago de mundos que se extiende  
Por el callado abismo de la Nada....

El que vistió de nieve la alta sierra,  
De oscuridad las selvas seculares,  
De hielo el polo, de verdor la tierra,  
De blando azul los cielos y los mares,

Echó también sobre tu faz un velo,  
Templando tu fulgor, para que el hombre  
Pueda los orbes numerar del cielo,  
Tiemble ante Dios, y su poder le asombre.

Cruzo perdido el vasto firmamento,  
Á sumergirme torno entre mí mismo,  
Y se pierde otra vez mi pensamiento  
De mi propia existencia en el abismo.

Delirios siento que mi mente aterran....  
Los Andes á lo lejos enlutados  
Pienso que son las tumbas do se encierran  
Las cenizas de mundos ya juzgados....

El último lucero en el Levante  
Asoma, y triste tu partida llora :  
Cayó de tu diadema ese diamante,  
Y adornará la frente de la aurora.

¡ Oh Luna, adiós ! Quisiera en mi despecho  
El vil lenguaje maldecir del hombre,  
Que tantas emociones en su pecho  
Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera, gime,  
Sintiéndose en la carne prisionera ;  
Recuerda, al verte, su misión sublime,  
Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara  
Esta que siento, imagen de Dios mismo,  
Para tender su vuelo no bastara  
Del firmamento el infinito abismo ;



Porque esos astros, cuya luz desmaya,  
 Ante el brillo del alma, hija del Cielo,  
 No son siquiera arenas de la playa  
 Del mar que se abre á su futuro vuelo.



## Á LA PALMA DEL DESIERTO

(AL SEÑOR D. JOSÉ MARÍA SAMPER)

¡Palma gentil, del bosque soberana!  
 Yergue tu cuello ufana,  
 Que ante tu excelso tronco, la techumbre  
 De la alta selva apenas es alfombra  
 Do tendida tu sombra  
 Ondula del Ocaso á la áurea lumbre.

Sí, que del bosque el secular follaje  
 Te rinde vasallaje,  
 Al par que tú, con trémulos vaivenes,  
 Audaz á la región del trueno subes  
 Para que orlen las nubes  
 Con diáfano cendal tus regias sienas.

Al desatarse allí tu copa al aire,  
 ¡Con qué gentil donaire  
 El verde encaje mece cada rama!  
 Tal, en brillante fiesta, ondula, juega,  
 Se descoge ó repliega  
 El abanico de andaluza dama.

Y si al hechizo de tu esbelto talle,  
 Desde lejano valle  
 Vuela á pulsar enamorado viento



Tus muelles flecos en la noche umbría,  
 Tu copa al cielo envía  
 Himnos de amor en regalado acento.

De amor sin par; que al son de tu ramaje,  
 Del árabe el linaje  
 Meció feliz su primitiva cuna;  
 Y sólo tú seguístele proscrito  
 Al arenal maldito  
 Donde vaga sin rumbo y sin fortuna :

Do no se ve del matinal rocío  
 El fúlgido atavío  
 Al sol brillar sobre tus verdes frondas,  
 Ni de sereno lago en la ribera  
 Tu imagen hechicera  
 Oscilar á tu pie bajo las ondas;

Do no se escuchan trinos ni el murmullo  
 De fuentes, ni el arrullo  
 De palomas, ni brilla flor galana,  
 Verde sembrado ni lozano huerto :  
 ¡Sólo tú... y el Desierto!  
 ¡El rojo sol... y errante caravana!....

¡El sol! que por centurias hiere en vano  
 Tu ramaje liviano,  
 Porque su rayo, á tu vaivén airoso,  
 Sobre tus hojas fascinado duerme,  
 ¡Que la hermosura inerme  
 Siempre el escollo fué del poderoso!

Allí tu tronco estremecido cruje  
 Del Ábrego al empuje,  
 Que la arena levanta en turbia espira,  
 Y tu copa descuella siempre sola,  
 ¡Pabellón que enarbola  
 El Amor sobre el campo de la Ira!

¿Ó acaso el Yermo en tiempo primitivo,  
 Al defender altivo  
 Su manto de verdor, luchando en vano  
 Contra el poder que le dejó desnudo,  
 Salvar apenas pudo  
 Ese jirón en su convulsa mano?....

¡Ah, sí! ¡Venid, y tras la huella mía  
 Seguidme hasta la ería  
 Llanura sin confín! Con la voltaria  
 Arena por alfombra, con la lumbre  
 Del cielo por techumbre,  
 Entremos en la ardiente y solitaria

Región del Exterminio : do triunfante  
 Sobre nube girante  
 De raudo polvoroso torbellino,  
 ¡Su espectro cruza el ámbito infecundo!....  
 Refléjense del mundo  
 La informe cuna y el final destino

Sobre este vasto espejo de la Nada,  
 Donde la luz lanzada  
 Sobre la faz del arenal bravío



— Como del siglo la rebelde ciencia —  
 ¡Derrocha su opulencia  
 En alumbrar la Nada y el Vacío!

Menos traidora la Tiniebla, acata  
 El pudor, y recata  
 Su estéril seno en negra vestidura :  
 ¡La luz que á la Esperanza corta el vuelo  
 Es tiniebla sin velo  
 Que audaz se ostenta en desnudez impura!

Si ¡desdichado suelo! tus raudales,  
 Tus nieblas matinales  
 Huyeron, con tu gala verdecida,  
 Tus frutos, tus aromas y tus flores;  
 ¡Y te fueron traidores  
 Aun los gérmenes mismos de la vida!

¡Y fué tu mismo sol el incendiario!  
 ¡El Siroco nefario  
 Que con lúgubre aullido el fuego atiza,  
 Un tiempo el aura fué de tus jardines!  
 ¡Tu arena sin confines  
 Es de tu antigua pompa la ceniza!

No el horizonte bástale por fosa,  
 La ceniza rebosa  
 Del cerco azul por sobre el linde vago,  
 Y el mustio polvo, allí, de humanas greyes  
 Al polvo de los reyes  
 Mezcla el Simún con pavoroso estrago.

Que los reyes que púrpura vistieron,  
 Cetro y vida rindieron  
 Ante el Poder que exalta y que destrona;  
 Mas del frondoso reino la presea,  
 En cuya sien cimbreaba  
 De trémulo verdor triunfal corona;

Esa que invicta en garbo y esbelteza,  
 Prolífica adereza  
 Reparador manjar en blando nido  
 Que pródiga recata en su corona;  
 La que el óleo sazona  
 Que de la pingüe oliva pone olvido;

Esa que herida en la procera frente,  
 La vivífica fuente  
 Mana, cuyo raudal emula ufano  
 La blanca espuma que al nacer el día  
 Exprime en la alquería  
 De la vaquera la robusta mano;

La que opulenta en su collar espacia  
 Con generosa audacia  
 De cauteladas urnas los turgentes  
 Senos, donde la cándida ambrosía  
 Y el refrigerio cría  
 Para sustento á desvalidas gentes;

La que de frutos mil ostenta opimo  
 El pródigo racimo,  
 Blasón y prez de su donoso tallo,



No la vida rindió, que su diadema,  
Al par que regio emblema  
Tesoro y vida fué para el vasallo.

Por eso, aun hoy, allí, tu cetro impera,  
¡Munífica palmera,  
Honor y timbre de la ardiente zona!  
¡Tú conquistaste inmarcesible vida  
Y reina fuiste ungida  
Por la mano que exalta y que destrona!

Y luego osaste intrépida y fecunda  
De la tribu errabunda  
Los destinos seguir hasta el Desierto,  
¡Y eres del adüar único amparo  
Y del oasis faro,  
Y en proceloso trance único puerto!

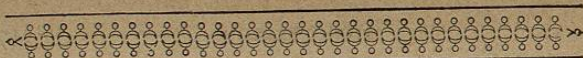
Y de tu blonda cuelgas al abrigo,  
Para rey y mendigo,  
Con largueza sin par que al mundo asombra,  
Del dátíl redentor el rico enjambre;  
Que el espectro del Hambre  
Jamás violó el recinto de tu sombra.

¡Jamás!... Cuando el Simún abate el vuelo  
Y al pavorido suelo  
Se desploma su inmenso torbellino,  
Tu copa exhala por la mar de arena,  
Acentos de Sirena  
Que lejos oye el triste peregrino;

Y un grito al columbrarte en lontananza  
El peregrino lanza,  
Bendice á Alá y en su oración e nombra;  
¡Y tú le brindas fruto y dulce ambiente,  
Y acaricias su frente,  
Su tienda y su camello con tu sombra!







## REMINISCENCIAS

Á MI QUERIDO AMIGO ALEJO POSSE MARTÍNEZ,

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

Como en el yermo al límite distante,  
Tras noche de borrasca asoladora,  
El risueño celaje de la aurora  
Sale á orientar al triste caminante ;  
Así, cuando en un tiempo,  
Apagado tu hogar al soplo aleve  
Del cierzo de la tumba,  
Sentiste el alma en lobreguez sumida,  
Súbito un ángel con su faz de nieve  
Iluminó el camino de tu vida.

¿ Era ángel ó mujer ? Mientras viviera  
Fué preciso dudarle, amigo amado.  
¡ Sólo al tocar ayer su cuerpo helado  
La encontraste mujer por vez primera !

Joven aún, empero,  
En aquel tiempo, al contemplar la imagen,  
En ella vió tu absorta fantasía  
De tus ensueños la hechicera virgen,  
La que tu mente adivinado había.

DIEGO FALLON.

117

Y al célico fulgor de su mirada  
Dilatóse á tus ojos  
El horizonte del amor primero,  
Bajo su etérea cúpula encantada,  
Donde viste flotar tus ilusiones  
En fila vagarosa  
Cual nubecillas de jazmín y rosa ;  
Sin que de esas visiones  
Por el sereno campo sombra alguna  
Fugaz cruzara en el instante mismo ;  
Mas ¡ ay ! sobre la tierra  
La codiciada flor de la fortuna  
Nace siempre en el borde de un abismo.

Fué tuya al fin. Su mano entre tu mano,  
Rica la sien con el olor süave  
Que exhala de azahares la corona,  
La vieron tus amigos  
Del templo recorrer la augusta nave.  
Y en el altar postrada,  
Iluminado el rostro  
Del pudor por las tintas virginales,  
Incierto se divisa  
Tras los velos de la alba vestidura,  
Cual rayo de la aurora que fulgura  
Al través de las nieblas matinales.

En ese fausto día  
Aquella tierna y cándida paloma  
Llevó de sus virtudes el aroma  
Al nuevo hogar que para ti se abría.